

sobre un grosero materialismo nos levanta a la cumbre de los verdaderos valores, uno de los cuales es la lengua.

Cuando se piensa en lo que significa ese don divino de la palabra, en el camino misterioso que ella hace desde que es concebida hasta que florece en los labios, después de mojarse en sangre del corazón y desgarrar el alma, comprende uno que debería pronunciarla con un temblor sagrado, cuidar como un tesoro eso impalpable y fugaz que sólo una vez pasa delante, como la onda de un río, que no hemos de ver más, y no sabemos el punto lejano en que dejará su limo fecundante. Si hay algo en que pueda sentirse a Dios, es en la palabra humana. Santa como es en toda lengua, lo es más en aquella que nos tocó en herencia.

Y cuán bella es la nuestra, ¡oh jóvenes!, dije en otra ocasión, cuando se muerde, no el hueso duro de la gramática, sino la carne sabrosa y blanda de la lengua viva. Bella en el *Poema del Cid* que, después de la *Ilíada*, según Hegel, es el mejor poema; bella en *Las Partidas*, libro que alguno llamó "la tesorería mayor de la lengua castellana"; bella, inimitable, en Cervantes. Para ponerse al servicio de la ciencia, se adelgaza; para la novela y el teatro, se ensancha; para la mística, se enciende; para la poesía, se abrillanta; para la picaresca, tórnase ágil y juguetona. "Cuanto más se estudia, más da que estudiar; y cuanto más se profundiza, más tesoros descubre", dice Capmany. Nunca se encarecerá bastante la riqueza de su sinonimia, la sonoridad de sus períodos, la elocuencia de sus refranes, la agilidad de sus movimientos, aquel menearse aquí con los temas ligeros, y levantarse allá con vuelo águilino a las regiones ideales, siempre dúctil, siempre sonora, siempre majestuosa. Ya que han de usarla hombres, habiendo nacido para dioses, que ella conserve su pureza, que sepamos defenderla los que creemos que a su patria no ama quien no ama su lengua. Como del francés decía Renán, digo yo de nuestro idioma: "Faltaría algo esencial al mundo el día que dejara de brillar esta antorcha clara y centelleante."

RESPUESTA A ALFONSO ROBLEDO

Por EDUARDO ZULETA

Señor presidente, señoras y señores, señor:

La Academia de la Lengua os discernió el título de individuo correspondiente cuando apareció vuestro estudio sobre don Miguel Antonio Caro y su obra. Hoy os llama a ocupar el puesto de individuo de número, cuando nuevas labores literarias y otras condiciones de carácter patriótico han agregado más méritos a vuestro nombre; y ocuparéis la silla que ocupó el docto filósofo don Gabriel Rosas, de grato recuerdo en esta casa.

Estudiasteis al señor Caro como periodista, como filólogo, como crítico, político y poeta. Acabais de salir de los claustros del colegio en donde habíais recibido de sabios maestros una educación clásica, que os permitió el acometer tan ardua labor, porque fueron tan múltiples y tan grandes las manifestaciones intelectuales del hijo de José Eusebio Caro, que mientras más se penetra en esa vida, más inexplicable se la encuentra. ¿Cómo es posible comprender que un hombre, que apenas si pasó por un colegio de educación secundaria, llegara a ser maestro en ciencias políticas, en jurisprudencia, en filología y en crítica literaria e histórica? ¿Quién a su edad pudo traducir a Virgilio y escribir la sintaxis de la gramática latina? Abarcar la obra de esa inteligencia extraordinaria daría lugar para escribir muchos libros. Y con todo, el vuestro es digno de mayor elogio.

Comenzando por el estilo, limpio y sonoro, castigado sin excesos, con la elocuencia natural de la verdad y de esa otra, honda pero transparente, que inspiran la admiración y el cariño. Sin que sea cierto en absoluto todo lo que se ha dicho sobre el estilo y el hombre, debe haber en éste como en la grafología misma, un fondo de verdad indiscutible. No hay en vuestro libro una sola salida de tono ni una frase inculca, ni nada que no sea absolutamente elevado y noble. La exposición tranquila de los conceptos es como la onda serena de algunos ríos que no dejan sospechar el caudal de sus aguas. Habláis de los estudios clásicos con entusiasmo, y parecéis poco inclinado a los prácticos. Perdonad que os diga que en éste, como en muchos asuntos que discute la humanidad, no hay en el fondo sino una diversidad de temperamentos. Tan útiles y tan aplicables son los estudios clásicos como los prácticos, pues haciendo a un lado las excepciones, hay hombres que serán siempre eruditos ideólogos, literatos y poetas, aun en medio de burguesías mercantiles, y hombres que nacieron para administradores, para la práctica de la vida, para los presupuestos equilibrados, con hipertrofia manifiesta en el centro cerebral de la adquisividad, aun en medios puramente atenienses. De aquí el que todo plan de estudios que esté sujeto a una sola tendencia tiene que ser defectuoso. Si no se consultan en él las diversas aptitudes de los seres humanos, los resultados serán deficientes y aun estériles. Raros son los casos como el vuestro: hombre de bellas letras y *de letras a la vista*.

Anotáis que al señor Caro le faltaban algunas dotes políticas, como la flexibilidad y ciertas condiciones que sólo se adquieren en el contacto con los hombres y con la vida, y agregáis que el señor Caro no viajó, y creéis en la importancia de los viajes. En términos generales, quizá esto sea cierto; pero tomando lo que encuentro más a la mano, recordad que Pedro Justo Berrío y Marceliano Vélez no salieron de su tierra ni tuvieron gran flexibilidad, y ambos han pasado a la historia como modelo de gobernantes.

Lo que pasó en el gobierno del señor Caro, a mi modo de ver, fue que tuvo que gobernar un pueblo heterogéneo cuando aún no había el intercambio social, intelectual y comercial que han traído las vías de comunicación, y a pesar del estatuto unitario de nuestro

país, todavía se observan tendencias muy variadas y complejas en las diversas provincias.

Muy al contrario de lo que algunos han creído, el señor Caro tenía un gran conocimiento de los hombres, y por eso no le sorprendieron nunca ni la ingratitud, ni la traición, ni la envidia, ni hizo caso alguno de los que lo insultaban; y si algunas veces dio uno que otro golpe mortal cuando se le atacó, fue a modo de un gesto automático, pues lo frecuente fue oírle decir y repetir en la tormenta política:

Dejémosla pasar como la fiera
corriente del gran Betis, cuando airado
dilata hasta los montes su ribera.

Y muchas veces, cruzado de brazos ante las iras y calumnias, asumía la impasibilidad estoica y sana de los grandes espíritus. Jamás se exteriorizó en él la recóndita célula que pudiera revaler al primitivo, ni sufrió de susceptibilidades patológicas. Su espíritu selecto y excesivamente comprensivo andaba por las cumbres, y eran pocos los que siquiera podían apreciar la altura de su vuelo; además, la época en que gobernó a Colombia era muy difícil, y la lucha eleccionaria que precedió a su elección dejó hondos resentimientos y heridas difíciles de curar. En cuanto a lo de los viajes, es asunto relativo. Decía Emerson que el viajar era placer de tontos. El gran filósofo americano quizá fue más allá de lo razonable. Creo que tratándose de viajes, lo más prudente, lo que más se presta a serias reflexiones, es aquella sabia máxima que dice: "Adondequiera que vayas, irás conmigo."

A gentes superficiales he oído decir que el señor Caro perdió muchas amistades por lo mordaz de su frase; para mí fue más bien un ironista, un caricaturista de hombres presuntuosos, un fino observador del ridículo. Esa es una crítica delicada que han tenido casi todos los hombres de combate. Que es esa una cualidad que la mayoría de ciertas colectividades no resisten, es la verdad; pero ¿caso han podido esas mismas colectividades resistir sin protestas vulgares alguna cualidad superior, aun en los más benévolos de los mortales? Por otra parte, en el señor Caro, como en los de su clase, las frases de crítica personal casi siempre han salido en forma de defensa y no de ataque. Haciendo a un lado la porción humana que pudiéramos llamar puramente vegetativa, quizá no haya exageración al decir que la humanidad es esencialmente crítica. Sólo que en esto hay graduaciones comprendidas desde el crítico soez y tabernario hasta el sutil, refinado y elegante ironista que posee aquella sabiduría de "la abeja que al defender su miel deja también la punzada de su aguijón". No solamente no se perdona al que tiene la perspicacia de ver el revés de las ideas, sino que tampoco se perdona al que ve el revés de los hombres.

El señor Caro fue un profesor de verdad y, por dondequiera que su palabra y su pluma pasaban, iban dejando el hondo surco que hierre susceptibilidades, como hiere y corta raíces el arado que penetra

la tierra. Y por esa labor al parecer imprudente e ingrata, podía decirse al señor Caro: "*Ta peine et ta fatigue germent en moisson de gloire.*"

Es bellissimo en el libro el trozo sobre Caro íntimo. Los hombres de combate y de análisis son con frecuencia los más genuinos modelos en el hogar. Concedores de los hombres, la familia viene a ser el seguro refugio de sus espíritus, porque a la esposa y a los hijos, como a los padres, ni se les analiza ni se les discute. Por encima del cerebro está el amor; ese amor inexplicable, agudo y fino, que viene a ser hasta doloroso por lo intenso.

Por dondequiera que vuelvo a hojear vuestro libro, encuentro apreciaciones muy justas sobre la obra del señor Caro; pero perdonad esta breve nota al margen: el nombre de Cicerón al frente de un libro sobre don Miguel Antonio Caro, no parece muy explicable. Este era un bloque estupendo de sabiduría con facetas simétricas y acordes; el otro, sin dejar de ser un espíritu selecto, no tuvo una dirección fija. No dejo de admirar a Cicerón; pero como asunto de unidad, no debe ir el uno al lado del otro. Caro permaneció fiel hasta los últimos días de su existencia a sus principios religiosos y políticos, y nunca estuvo a merced de los cambios ni de los acontecimientos del pueblo en que vivió. De él podría decirse que murió en pie, como el soldado romano en la última noche de Pompeya.

"Pueblo de la dura cerviz", dijo alguna vez de Antioquia, como el Señor había dicho del pueblo israelita. Y Antioquia lo envió al senado de la república en uno de los momentos más críticos que haya atravesado la historia de nuestro país. Fue ese un rasgo de alta visión política en el que el pueblo antioqueño alcanzó a ver en el señor Caro al hombre que tenía la misma noción de patria que tuvieron Bolívar y Sucre, Nariño y Santander.

Fue el último y más resonante triunfo del colombiano ilustre; fue como el más intenso perfume que exhala el fruto maduro de sus células al comenzar la desintegración orgánica. En elegantes y justicieras frases recordáis al orador vigoroso y grandilocuo en esos días memorables en que él ofrendó a la patria todo lo más exquisito de su talento excelso y lo más noble y puro que guardaba en su corazón de colombiano. Defendió el honor, la integridad de la patria querida, que él adoró en "silencio mudo"; por la que gozó y padeció tanto "cuanto lengua mortal decir no pudo".

En alguno de vuestros estudios anhelábais porque la Academia emprendiera una labor seria y provechosa en favor de la pureza de la lengua. Os ha tocado ahora presenciara en nuestras sesiones semanales, en las que este instituto se ha dado la tarea de formar el diccionario de provincialismos y el refranero colombiano, y a la de que aparezcan en el diccionario español las palabras de uso frecuente entre los escritores cultos. Quizá en ninguna época se ha trabajado con mayor intensidad que ahora en esta Academia que, siguiendo la tradición que nos dejaron Andrés Bello y Rafael María Baralt, Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo, continúa la labor que se ha impuesto, en silencio y sin gajes.

Vuestros trabajos literarios se extienden a la apreciable e interesante obra *Una lengua y una raza*, en la que la erudición y el buen sentido y el estilo y el propósito, dejan la más grata impresión. Revélase ahí el conocimiento adquirido de los periodos sonoros y rítmicos de que usaban los escritores del siglo de oro, en aquellas obras que hicieron de nuestra hermosa lengua la más alta expresión de la humanidad, ya en los arrebatos místicos de santa Teresa, en la profunda sicología de Cervantes o en la asombrosa imaginación de Lope de Vega.

Habéis dicho con verdad que nuestra lengua "para ponerse al servicio de la ciencia se adelgaza; para la novela y el teatro, se ensancha; para la mística se enciende; para la poesía se abrillanta; para la picaresca, tórname alegre y juguetona".

En la provincia aprendisteis a admirar a Miguel Antonio Caro en sus libros, en sus estudios, en sus discursos, en sus poesías. Se observa vuestra admiración cuando habláis de la oda a la estatua del Libertador y del soneto a la patria. En esa época aprendíamos de memoria los estudiantes, esas magníficas obras literarias que con los *Colonos* de José Joaquín Ortiz, *La luna* de Fallon, *Elvira Tracy* y *La noche de diciembre* de Pombo, el *Manojito de hierba* de Vergara y Vergara, y los cuadros de costumbres de Silva, de Guarín y de Groot, eran las lecturas favoritas en los colegios de Antioquia y en nuestros modestos hogares. Desde la capital, de la noble y acogedora Bogotá volvió la vista vuestra a la provincia, e hicisteis el estudio de la fundación de Manizales, de sus colonos y del paciente buey, fecundo en bienes, como factor interesantísimo en el desarrollo y en la riqueza de la ciudad del Ruiz y sus contornos. De Abejorral, de Salamina, de Marinilla y de La Ceja, fueron descendiendo al extremo sur aquellos colonos con el hacha al hombro y, abatiendo las selvas, fundaron la ciudad y dejaron como herencia lo que sus descendientes han conservado con religioso respeto: el espíritu público, que constituye la página más gloriosa de su historia. Aquellos hombres blancos y fornidos que resultaron sobrios, serios y de pocas palabras como el antepasado vasco; esos otros, alegres y de lenguaje regocijado y pintoresco como el andaluz; y aquellos en que el cruzamiento entre castellanos y gallegos iba formando el ideal político del pueblo, y todos cristianos a macha-martillo, dirigiendo las recuas de sus bueyes, adquirieron riquezas y fundaron hogares, de donde salieron muchos de los hombres dirigentes de Antioquia. El hacha del colono creó después los pueblos del Quindío, y trajo a la vida a Manzanares, al Fresno, a Pereira y al Líbano.

De Sonsón a Victoria encuéntrase una hacienda rica en pastos y ganados. Años antes era una selva impenetrable y centenaria. Llegóse a ella el colono con diez peones hacheros, y antes de comenzar el desmonte y con el hacha en las manos, gritó: "¡A un lado, culebras, tigres y animales ponzoñosos, que aquí va un antioqueño con hambre!"; y descargó el primer golpe. Y ese titán aún "vive, bebe y permuta".

Los arrieros de Antioquia, más honestos y de mejor chiste que los de la Mancha, gente soez y de baja ralea, como decía don Quijote de los yangüeses, si alguna vez hacían de galanes en ventas más limpias que aquella que el caballero andante tomó por castillo, lo eran a la manera de aquel Felipe que describe Samuel Velásquez en el laureado y admirable cuento titulado *Madre*.

Pero al lado de trágicos sucesos como el que aconteció en los amores de Felipe, era de ver la alegría del arriero en las toldas, descargados los bueyes, prendido el fogón, hirviendo los frijoles y listo ya el delicioso bizcocho de maíz. Venían las anécdotas, sonaba el tiple, y aquí del cancionero de la tierra:

Opulenta Manizales
que cerca del Ruiz nació,
¡cómo ha dejado en pañales
a Antioquia que el ser le dio!

Cuando el tiple y la vihuela
se acompañaban conmigo,
no había viuda que sintiera
la muerte de su marido.

Anoche dormí en l'arena
como en un colchón de lana;
¿quién tuvo la culpa de eso?
el aguardiente de caña.

Cinco cuerdas tiene un tiple;
cinco dedos tengo yo;
cinco sentidos tenía
la zamba que me olvidó.

Aquellos arrieros, muchos de ellos capitalistas hoy, héroes del trabajo y del ahorro, hijos de gentes laboriosas y sencillas, tuvieron su época, y la arriería, su literatura. Ponderativos, cuando al hablar de la recua de don Pantaleón González decían que era la mejor de todas, porque a sus bueyes se les cargaba con diez arrobas de cacao en Cartago y se quedaban "lamiendo la cogedera". Avisados, como aquel que gritaba desde la colina a su compañero: "De qué mochila saco el chocolate para el desayuno: ¿de la suya o de la mía?" "De la suya, que el viento no deja oír", contestó el hijo de David. Cuando se enriqueció aquel arriero de que habláis en vuestro artículo sobre el buey, con franqueza ruda como la de su casa dejó aquella frase soberbia y admirable sobre él y sus compañeros de arriería: "No somos sino peones sublevados." Sí. Sublevados contra la naturaleza bravía, contra el obstáculo, contra la fauna agresiva; pero vencedores al fin. Hijos y nietos de esos "peones sublevados" traducen hoy a Horacio, saben de Plinio y de Tácito, hablan la lengua de Goethe y las de Molière y Shakespeare, y han ido a ministerios y legaciones.

El arriero desapareció con los ferrocarriles, "esas arrugas en el rostro nacional", como los llamó un crítico de arte. El buey en la

Sabana de Bogotá y en otros lugares del país, si no hace el papel que en Antioquia hizo, sigue siendo el que cantó Carducci y tradujo Miguel Antonio Caro:

Ora, manso animal, inmóvil miras,
cual fijo bloque, el campo floreciente;
ora al pesado yugo das la frente,
y a la labor del hombre fiel conspiras.

El te aguija, él te punza, y tú a sus iras,
los ojos revolviendo mansamente,
respondes en silencio. ¡Oh buey paciente,
paz a un tiempo y vigor al alma inspiras!

Tu ancha, negra nariz, húmido aliento
exhala; tu mugir, ondeando lento,
por los serenos ámbitos se pierde.

Y en el glauco cristal de tu pupila,
grave y dulce, refléjase tranquila
la muda soledad del campo verde.

Peninsulares ilustres como don José María Pereda y don Miguel de Unamuno, y entre nosotros el distinguido colega don Antonio Gómez Restrepo, para no citar sino autoridades indiscutibles en bellas letras, han considerado la literatura antioqueña como de carácter señaladamente regional. Y esa es la verdad. Desde el *Cultivo del maíz*, de Gutiérrez González, "poema bellissimo que con gusto prohiaría Virgilio", según frase de Rufino José Cuervo, hasta las novelas sobre el laboreo de las minas, sobre la arriería, sobre las costumbres del pueblo antioqueño y, últimamente, sobre la industria del café, todo tiene un sello especial y peculiar de la raza. El novelista persigue y fija lo que a su alrededor encuentra de interesante en el alma de su propio suelo, sin volar más allá de las montañas que lo circundan y abrigan. En *Frutos de mi tierra*, en *La marquesa de Yolombó* y en toda la extensa y admirable obra de Tomás Carrasquilla, en *Inocencia* de Francisco de Paula Rendón, en el *Zaratustra* de Efe Gómez, en *Sangre conquistadora* de Botero Saldarriaga, en el *Señor doctor* de Alfonso Castro y en otras de sus obras, en *Bobadas mías* de Arango Villegas, en *La mula* de Pedro Nel Ospina, en *David, hijo de Palestina* de José Restrepo Jaramillo, en *Madre* de Samuel Velásquez, en los *Sueños* de Suárez, en el *Cancionero* de Antonio José Restrepo, en la misma obra vuéstra sobre los colonos de Manizales, y en otras más, se mueven y palpitan ejemplares, propios de una región, como son propios de Santander de España *Sotileza* y *Lituca*. Pero en esa literatura regional también se revela la pureza de la lengua. "El castellano que se habla, dice don Miguel de Unamuno, en ciertas regiones de Colombia, en Antioquia por ejemplo, nos muestran con más vigor la fisonomía propia de nuestro idioma."

Si es cierto que en *David, hijo de Palestina* abundan los más atrevidos conceptos, hay, sin embargo, descripciones magníficas, como esta que se refiere a uno de los cafetales del sudoeste:

“A lo lejos, por los lados de La Estrella, brillaba una luz entre la noche creciente. Allá estaba la casa de don Rubén, y muy cerca la trilladora de café. Recordó las grandes plantaciones del fruto que, por manía imitativa, comenzaban a llamar *oro gris* en su pueblo, aludiendo a las pirámides del grano seco —pergamino— que se amontonaban en los patios de las fincas. Por las llanuras, por colinas, por barrancos que descendían a los riachuelos, la planta alargaba sus ramas lustrosas y sus brazos cargados de racimos en las axilas de las hojas. Era exquisito meterse entre aquellos árboles susurrantes, frescos, que los altísimos carboneros sombreaban benéficamente. En tiempo de cosecha maduraba con el fruto el placer puro y desnudo de entrar por los túneles de las matas, jugar a escondidas con las compañeras, y de cuando en cuando detenerse a oír la copla que allá abajo cantaba la campesina alegre, mientras llenaba de café el canasto atado a la cintura, esperando la respuesta del galán enamorado que allí cerca, encaramado sobre corta escalera, iba arrancando el grano de la cabeza chata y cuajada del árbol. El sol se cribaba entre las ramas del majestuoso carbonero, y sobre la cabeza de hombres, mujeres y cafetos, caía una lluvia dorada, inundación de áureas y móviles monedas que recordaban las que de muy lejos llegarían a comprar aquellos granos, aquel esfuerzo y aquellas coplas.”

En vuestro sesudo discurso habláis sobre el periodismo. Otras veces habíais tocado este mismo tema con el valor y el patriotismo de vuestro carácter. Como todo evoluciona y se transforma, el periódico no es hoy el de los tiempos idos. Aquellos editoriales graves en que se exponían las doctrinas políticas y religiosas en conceptos profundos, que revelaban los más serios estudios, han pasado a la historia. Entonces había tiempo para la meditación, y el editorial aparecía casi perfecto en pensamiento y clásico en su forma. El diario, que responde a la agitación permanente y al movimiento continuo de la vida universal, apenas si puede detenerse en uno que otro punto de interés científico y literario. Santiago y Felipe Pérez, Carlos Holguín y José María Samper, diéronle al periodismo colombiano los primeros impulsos en estilo movido, moderno y castizo. Años después, apareció aquel gran señor del periodismo que fue también de esta casa, y que a diario regalaba al público con aquellos párrafos editoriales llenos de penetración, de agudeza, de ingenio y de sutiles ironías; ese cuya muerte lamentábamos ayer aquí, y que llevó por nombre Guillermo Camacho Carrizosa.

Si es cierto que el periodismo en la hora actual desempeña un gran papel como conductor de los hombres y como juez de sentencias al parecer inapelables, también debe tenerse en cuenta que es grave error creer que los contemporáneos puedan ser los mejores jueces de los hombres del día. No. Un hombre es una ecuación, y no vale más ni menos porque lo quieran así unos u otros. El resultado final de una cantidad de energía química potencial, será una cantidad de energía química equivalente. Un gramo de grasa que entre al organismo, desarrollará siempre nueve calorías. Una fuerza inicial determinada tiene su equivalente irremediable de energía vital, así como

una virtud heroica, un talento aplicado a la producción, un esfuerzo cualquiera, se transforma pero no se disipan. El éxito es siempre una transformación de energías. Todo lo que no corresponda a estos principios, será de vida efímera como la efervescencia de los carbonatos. Por razones muy complejas hay en toda sociedad tendencias muy marcadas en ciertas personas a monopolizar el talento, la honradez y los méritos; pero las cosas no son como las desea la envidia o la autosugestión de seres ambiciosos, atacados del delirio de las grandezas. Esas son ilusiones de origen morboso de los que no tienen noticia de las leyes de la equivalencia. Quien haya aprendido a conocer las leyes biológicas, ni se exaspera ni se inquieta con la arbitrariedad y tumulto de las pasiones, y se mantiene siempre a prueba de sorpresas pueriles; todas las exacerbaciones sociales desaparecen por una ley natural, y no hay que dejarse arrastrar por las corrientes infecciosas que origina el *bacillus adjectivus* que cultivan las sociedades anónimas monopolistas, porque el trastorno del significado de las palabras y la confusión en los términos —que se caracterizan especialmente por la perversión del adjetivo— desaparecen como todo lo artificial y exótico.

Doctor Robledo: en nombre de mis colegas y en el mío propio, os doy los parabienes por vuestra entrada a la Academia Colombiana.